

EL CASTILLO DE BENADALID

En el año 756 de nuestra Era, cuando bereberes, yemenitas y otras tribus residentes en España se revelaron contra el anciano emir de Córdoba Juyof, trayendo del Africa al príncipe Abderramán de la familia de los Omeyas destronada en Damasco por los Absidas para fundar en nuestra península un emirato independiente, existía ya el castillo de Beni-al-Jali, nombre de la horda berberisca que se adhirió al movimiento levantisco y que habitaba a la sazón el distrito meridional de Ronda. Esta comarca que tuvo por capitalidad la población que hoy nos ocupa conserva todavía el nombre, aunque algo transformado, de sus antiguos dominadores: Benadalid, mencionada por Docy, en el tomo I de su «Historia de los musulmanes en España» de la cual dice: «...pequeña población con un castillo muy pintoresco al sur de Ronda en la orilla derecha del Genal.»

Indudablemente esta fortaleza fue edificada por los romanos, pues lo dice el nombre con que era conocida en aquella época: «Ta corona». «Corona» es el término latino y «Ta» es el prefijo bereber.

Más de una vez he llegado hasta sus muros y siempre he sentido encontradas emociones. Algo que vibra entre las piedras parduzcas que se derrumban, como un dejo de amargas reminiscencias. Divagando por sus alrededores he creído que la mole cuadrangular se conmueve cuando el viento la azota y la lluvia la ultraja. Dijérase que quizá lllore sus luchas pasadas, sus inhumanos atropellos cometidos por el señor feudal, bandolero ennoblecido por sus propios crímenes y los de sus antepasados, con sus siervos de la gleba, con los hombres esclavos que arrastraban su vida en torno del castillo, con aquellos desgraciados que serían cuando el tirano quisiese carne para su espada. Aquí, me dice un viejo leguleyo que toma la sombra que proyecta una gran cruz de piedra que hay a la entrada del pueblo, el último Señor de pendón y caldera fue el duque de Santisteban, el cual, no solo tenía el derecho de vida y hacienda sobre estos vecinos sino otro que los humillaba y escarnecía mucho más, el llamado derecho de pernada.

Alejado un poco de mi adventicio cicrone y apartados de mi fantasía estos recuerdos sombríos, ahuyentados de mi mente estos fantasmas de la Edad Media, huída de mí esta idea de un pasado que espanta, acude otra emoción un poco más placentera a mi alma: la emoción del paisaje. ¡Qué distinta es la que experimenta mi espíritu cuando mis ojos miran desde el promontorio en que está enclavada la fortificación! Aquel canchal que tiene al Poniente, aquel hacinamiento de rocas enormes dispersas, que algún día se desprendieron de la gran mole que resguarda al pueblcito de los vendavales, producto del más tremendo cataclismo telúrico que presenciaron las edades y en el que la caliza, el cuarzo sílex y el feldespató, deshechos han caprichado millares de formas extrañas, y al lado

opuesto, el despliegue magnífico espléndido de montes poblados de cinas y alcornoques y la hondanac inmensa matizada con pinceladas verde, con tonos cobrizos y dorado de peñas y de rastros por donde un sendero obstruido por los zarzales y los cardillos ha reemplazado al camino por el cual los jinetes cubiertos de acero hacían caracolear a sus caballos árabes y por donde arrastraban sus armas victoriosas los vencedores entre los gritos de júbilo de los de arriba, de los guardas que estaban en vigia permanente sobre la muralla.

Refulgen los olivares, las lomas terrosas de los cabezos y los blancos casalicios. Lejos, el río, bajo el sol de los mimbres y los chopares, y el arroyo de las Alfraguaras, humilde, bulle plañidero sobre un alveo de piedrecitas blancas y pulimentadas, bordeado de helechos y cañaverales y como broche y digno remate que cierra panoramā tan fantástico allá en la lontananza se divisan los pueblitos salpicados en laderas y colinas.

Las cuatro torres cilíndricas de la fortaleza que visitamos permanecen todavía enhiestas. El ala derecha, combatida por el Levante, se derrumbó y ha sido levantada; pero sin un ápice de sentimiento estético: una pared revocada con cal y arena ha sustituido al murallón de piedra, que si bien no es sillar estaba formando caras o superficies planas. Esas piedras oscuras por el aire y el tiempo de los siglos han sido profanadas; unas se perdieron al rodar por la pendiente, otras las han colocado de cualquier manera, resultando la obra un remiendo antiestético y burdo. Bien puede